

vo, pero aunque la autora confiesa que el libro en cuestión es fruto de dos años de trabajo, da la impresión de una obra precipitada y escasamente meditada.—Dispareja como ya lo hemos probado, las páginas perdurables de ella desaparecen entre muchas anodinas e insustanciales. Para todos aquellos a quienes la joven literatura española interesa, esta *Estación* será una estación de tránsito de la autora, que es capaz y que seguramente nos dará en una próxima obra, algo más liberado de influencias, más maduramente meditado y más despaciosamente realizado.—*Abel Valdés A.*

MARAN ATHA, por *Luis Ignacio Pérez.*

La evolución de la novela en los últimos veinticinco años ha hecho recorrer a los novelistas todas las gamas del arte literario. Aún cuando se ha descubierto que ciertos procedimientos de Proust y de Joyce tienen antecedentes, la verdad es que estos y otros novelistas han hecho, en lo que va corrido del siglo, una verdadera revolución en la novela contemporánea. Ahora bien, ¿cuál de estos nuevos procedimientos ha sido estudiado y ensayado por los novelistas chilenos? No es aventurado afirmar que muy pocos, ninguno casi.

Si leemos, por ejemplo, *Maran Atha* (1), lo primero que nos sor-

(1) Santiago, Imprenta Nacimiento. 1930.

prenderá es el peregrino atraso del autor en materia de información literaria. Para don Luis Ignacio Pérez la novela es todavía un producto como el venerable folletín que entretuvo los ocios de nuestros abuelos y hasta los de nuestros padres y que hoy, acorralado, se refugia en las modestas habitaciones del conventillo. A lo sumo, su novela se eleva hasta las alturas—bastantes discretas, y nada más—de las de Eugenio Sue o de Octavio Feuillet, que si no cayeron en el folletín, anduvieron bordeando sus precarios límites.

Lo segundo que sorprende al lector de gusto más o menos refinado es la solemne y pedestre vulgaridad del estilo. Es esta una novela escrita en una prosa periodística, manchada por todos los lugares comunes y lastrada con latiguillos e ingenuidades de marca mayor. Cuando el autor quiere elevar su estilo, cae en retorcimientos como éste:

Pero lo admirable era que la niña no sentía temor alguno ni del salto temerario del caballo y caballero, ni de la audacia de sus brazos que alzábanla de la cama, así, *encamisada* (2) apenas y colocándola con gran cuidado sobre el arzón delantero de la silla salíase con ella por la mismísima ventana que de entrada le sirvió. (Pág. 40-41.)

Cuando intenta hacer una reflexión aguda cae en vulgaridades comparables a la siguiente:

El llanto de los niños es fugaz. La sabia naturaleza así lo ha querido. El dolor es noble y busca lo que,

(2) El autor es el que subraya, no sé con qué motivo.

como él es fuerte, corazones recios. En ellos solamente enseñórase y perdura. (Pág. 136.)

Cuando recuerda los días de la niñez desbarra en toda la línea:

¿Quién no sintió latir de prisa el corazón al recibir el primero de su vida? [Se refiere a los premios escolares.]

¿Quién no recordó con dolor ese apresurado latir del corazón en medio de la agitada lucha por la vida cuando se adquiere con los años la triste convicción de la humana ingratitude? (Pág. 155.)

Cuando quiere hacer una definición de un solemne acto consigue que el lector sonría a su costa:

Es el matrimonio una nave en la que uno zarpa y navega guiada por una brújula peligrosísima: el corazón ¿quién responde de él? (Pág. 207.)

Aunque sin duda lo más frecuente en estas páginas sean las incontenibles vulgaridades, propias del estilo periodístico, que ya hemos señalado, y de las cuales damos en seguida algunas muestras:

... ¡asistir a ese matrimonio! ¿No era apurar hasta las heces el vaso de la amargura que la vida le brindaba? ¿Qué fatales leyes de un supremo dolor se cumplían en él? (Pág. 209.)

No ha sido en los libros de Strauss ni en los de Renan en los que he aprendido estas ideas. Ha sido en el gran libro de la vida, en cuyas páginas los hombres derramaron todas las hieles de sus odios, todas las pringues de sus egoísmos. (Pág. 245.)

Beatriz lloraba silenciosamente y apretujaba entre sus manos un pañuelito perfumado mientras el seno

turgente se agitaba a impulsos del sollozo bajo los encajes de la camisa de noche y de la seda finísima de la bata, sobre la que caía, descuidadamente, por hombros y espaldas la cabellera rubia, magnífica. (Pág. 277.)

Análogo descuido, idéntica vulgaridad en el empleo de las palabras se observa en las páginas 216 y 217, en donde, frente a frente, se leen los siguientes superlativos:

emocionadísimo; finísimas; finísimos; nobilísimo; delicadísimas.

Cuando se escribe con tal descuido no es raro que, además, se caiga en los vicios de vulgaridad y de afectación de que se ha dado muestras más atrás.

Maran Atha ha sido escrito sobre una trama bastante repetida, y por lo tanto, para redimir la obra de los estigmas de poca originalidad y nula novedad que debían necesariamente corresponderle, el autor debió haberse esmerado siquiera en dar a su relato un brillante ropaje. Es la historia paralela de dos mozos, José María Soriano y Fernando Iribarren, que estudian juntos en el Seminario y que no ingresan a la carrera eclesiástica. El primero se aficiona al estudio y conserva siempre sus buenas costumbres (3); el segundo, en cambio, no vacila en degradarse y llega a abismarse en la desvergüenza. Pero un día Fernando enamora a Beatriz, prima hermana de José

(3) En un raptó de inverosimilitud curiosísimo, el autor le atribuye el mantenimiento de la castidad hasta pasados los veinte y acaso los veinticinco años. No se puede negar que este José María es hombre singular.

María, y se casa con ella, guiado por el interés. Sigue una historia de desdichas, y la mujer, arrepentida de su errado matrimonio, abandona a su marido. José María, que la ama en silencio desde la infancia, le declara al fin su pasión y ella se convierte en su amante. La novela termina con esta solución muy humana pero bastante inmoral.

Es, en el fondo, un alegato en favor del divorcio. Pero ¿qué extraña virtud tienen estos alegatos en favor del divorcio? No hay uno que interese como obra literaria, con lo cual la causa defendida padece una agresión más. El señor Pérez puede estar convencido de que con su obra no persuadirá a nadie. En su libro, en efecto, no se cumple el precepto tan sagaz de Rodó que mandaba dar formas bellas a las ideas. Una idea, por peregrina y seductora que sea, no tiene ascendiente alguno sobre el público culto si no está presentada en buena forma y si la literatura que es el vehículo escogido para darle circulación, no tiene encanto duradero alguno.—*Raúl Silva Castro.*

TEORÍA DEL ZUMBEL, por *Benjamín Jarnés*

Un símbolo, apuntado en el título y enunciado en la página 200 de este libro (1) en los términos siguientes:

Cada vida humana es un trompo que yo lanzo a la tierra. El trompo

(1) *Teoría del zumbel.* Espasa-Calpe. Madrid, 1930.

gira mientras le dura el espíritu: el ímpetu se mide por la longitud del zumbel.

Estas palabras son pronunciadas por otro ente simbólico, Dios, al dirigirse a un Saulo, en quien encarnan todos los arrepentimientos, todas las juventudes borrascosas que pretenden enmendar rumbos. Mas para llegar a esto, que señala el término de un viaje, de una vida y un libro escritos por Jarnés, hemos de trabar conocimiento con el doctor Carrasco, el padre Valdivia y la solterona Julia, conspicuos representantes del sentido común, la política clerical y las convenciones sociales respectivamente. Las manos aviesas de tales personajes emborronan la cuartilla virgen del alma de Blanca, la niña pura, la niña buena, la niña del medioevo.

¿Verdad o mentira? ¿Vulgaridad pedagógica? Que importa. Su autor ha dicho, en otra oportunidad:

Yo soy algo más, quiero ser algo más que un hombre; quiero ser un artista. Y el artista es libre para elegir su tema. . . .

El auténtico escritor escribe como el manzano da manzanas. El que alguien recoja o no, admire o no, las manzanas, es una cosa indiferente para el árbol.

Se diría que en su ánimo estuvieron presentes tales ideas, mientras escribía la *Teoría del zumbel*. Acaso en ese mismo instante reflexionaba acerca de la inutilidad a que han llegado las verdades, al presente. Y jugaba con ellas, como con un peón pequeño, conociendo que en el ánimo del lector perduraría la enseñanza, mientras persistiese el encantamiento de las palabras que la contienen.